

arbitrios, y sabedores de que mi intencion era salirme de México en aquel instante á buscar fortuna, me dijeron que me fuera á Puebla, que allí tal vez hallaria destino. Al mismo tiempo me dieron unos frijoles que almorzar, y la mujer me puso un *itacate* de tortillas, un pedazo de carne asada y dos ó tres chiles. Todo esto me lo envolvió en un trapito sucio, y yo me lo até á la cintura.

Así, despues de haber almorzado y dádole las gracias, busqué un palo para que me sirviera de bordon, alcé un sombrero muy viejo de petate que estaba tirado en un muladar, me lo planté, me despedí de mis hospedadores y tomé el camino de la garita de San Lázaro.

Llegué al pueblo de Ayotla, donde dormí aquella noche sin mas novedad que acabar, por vía de cena, con mi repuesto.

Al dia siguiente me levanté temprano y seguí mi camino para Puebla, manteniéndome de limosna hasta llegar á Rio Frio, donde me sucedieron las aventuras que vais á leer en el capítulo que sigue.

CAPITULO IX.

En el que Periquillo refiere el encuentro que tuvo con unos ladrones: quiénes fueron éstos: el regalo que le hicieron, y las aventuras que le pasaron en su compañía.

NADA de fabuloso tiene la historia que habeis oido, queridos hijos míos: todo es cierto, todo es natural, todo pasó por mí, y mucho de este todo, ó acaso mas, ha pasado, pása y puede pasar á cuantos vivan entregados como yo al libertinaje, y quieran sostenerse y aparentar en el mundo á costa agena, sin tener oficio ni ejercicio, ni querer ser útiles con su trabajo al resto de sus hermanos.

Si todos los hombres tuvieran valor y sinceridad para escribir los trabajos que han padecido, moralizando y confesando ingenuamente su conducta, veriais sin duda una porcion de *Periquillos* descubiertos, que ahora están solapados y disimulados, ó por vergüenza, ó por hipocresía, y conoceriais mas á fondo lo que os he dicho, esto es: que el hombre vicioso, flojo y disipado, padece mas en la vida que el hombre arreglado y de buen vivir. Enten-

didados que en esta triste vida todos padecen; pero sin proporción padecen mas en todas las clases de la república los malvados, sea por un orden natural de las cosas, ó por un castigo de la Divina Providencia empeñada en ejecutar su justicia aun en esta vida miserable.

Siendo yo uno de los perdidos, fuerza era que tambien me llorara desgraciado, creciendo mis desventuras á medida de mi maldad por una necesaria consecuencia, segun los principios que llevamos establecidos.

Dejé pendiente mi historia diciéndoos como caminaba para Puebla, desnudo, hambriento, cansado, deshonrado entre los que sabian mi mala conducta, despreciado de mis amigos y abandonado de todo el mundo.

Así, y lleno de una profunda melancolía y de los remordimientos interiores que devoraban mi corazón trayéndome á la memoria mis maldades, llegué un día al anoecer á una venta cerca de Río Frio, donde pedí por Dios que me dieran posada. Lo conseguí, que al fin Dios castiga pero no destruye á sus hijos por mas que éstos le sean ingratos. Cené lo que me dieron y dormí en un pajar, teniendo á mucha bonanza encontrar alguna cosa blanda donde acostarme, pues las noches anteriores habia dormido en la dura tierra.

A otro dia madrugué, y el ventero, sabedor de mi ruta, me dijo que fuera con cuidado, porque habia una cuadrilla de ladrones por aquel camino. Yo le agradecí su advertencia; pero no desistí de mi intento, seguro en que no teniendo que me robaran, podia caminar tranquilamente delante de los ladrones, como nos dejó escrito Juvenal.

Empapado en mil funestos pensamientos iba yo con la cabeza cosida con el pecho y mi palo en la mano, cuando cerca de mí oí tropel de caballos: alcé la cara y ví cuatro hombres montados y bien armados, que rodeándose de mí y teniéndome por indio, me dijeron: ¿de dónde has salido hoy y de dónde vienes? Señores,

esl dije, he salido de esta última venta y vengo de México para servir á vdes. Entónces conocieron que no era indio, y uno de ellos, á quien yo tenia especie de haber visto algun dia, fijándome la vista, se echó del caballo abajo, y abrazándome con mucha ternura, me decia: ¿Tú eres, Periquillo, hermano mio? Sí, no hay duda: las señas de tu cara son las mismas; á mí no se me despintan mis amigos. ¿No te acuerdas de mí? ¿no conoces á tu antiguo amigo el Aguilucho, á quien debiste tantos favores cuando estuvimos juntos en la cárcel?

Entónces yo lo acabé de conocer perfectamente, y deseando aprovechar aquella coyuntura favorable que me proporcionaba la ocasion, lo apreté entre mis brazos con tal cariño, que el pobre Aguilucho me decia á media voz: ya está, Perico, hermano, ya está, por Dios no me ahorques ántes de tiempo.

Ahora sí, decia yo lleno de consuelo y entusiasmo: ahora sí que se acabaron mis trabajos, pues he tenido la dicha de encontrar á mi mejor amigo, á quien debí tantísimos favores, y de quien espero me socorra en la amarga situacion en que me hallo.

¿Pues qué ha sido de tu vida, hijo de mi alma? me preguntó, ¿qué suerte has corrido? ¿Qué malas aventuras has pasado que te veo tan otro y tan desfigurado de ropa? Qué ha de ser, le contesté, sino que soy el mas desgraciado que ha nacido de madre. Despues que me separé de mi amigo Juan Largo, que sin agravio de lo presente, era tan hombre de bien y tan buen amigo como tú, he tenido mil aventuras favorables y adversas; aunque si vale decir verdad, mas han sido las malas que las buenas.

Pues eso es cuento largo, me dijo el mulatillo interrumpiéndome: sube á las ancas de mi caballo, nos encaramaremos sobre aquella loma, y allí podremos platicar mas despacio, porque en los caminos reales espantamos la caza.

No entiendo eso de espantar la caza, le dije, pues yo jamás he visto cazar en caminos reales, sino en los bosques y lugares no transitados por los hombres.

Tanto así tienes de guaje (1), me dijo el Aguilucho; pero cuando sepas que nosotros no andamos á caza de conejos ni de tigres; sino de hombres, no te hará fuerza lo que te digo. Por ahora sube á caballo, que es lo que te importa. Yo obedecí su imperioso precepto: subí, y guiamos todos á un cerrito que no estaba lejos del camino.

Luego que llegamos, nos apeamos, escondieron los caballos tras de su falda y nos sentamos entre un matorral, desde donde veíamos muy bien, y sin poder ser vistos de cuantos pasaban en el camino real.

Ya en esta disposición sacó el Aguilucho de un talego de contense un queso muy bueno, dos tortas de pan y una botella de aguardiente.

Desenvainó un cuchillo de la bota campanera, partió el pan y el queso, y comenzamos todos á darle vuelta.

Acabada la comida nos dió por su mano un traguito de aguardiente á cada uno, pero tan poquito, que apenas me llegó al galillo. Los ojos se me iban tras de la botella y á los otros tambien; mas él guardó diciendo: no hay mayor locura en los hombres que prostituirse á la bebida. Nadie debía emborracharse, pero mucho ménos los de nuestro oficio, pues vamos muy arriesgados.

¿Pues cuál es tu oficio? le pregunté muy admirado, y él sonriéndose me dijo: *Cazador*, y ya ves que un cazador borracho no puede hacer buena puntería.

Pero en tal caso, le repliqué, lo mas que puede suceder es hacer sin fruto la caravana ó correría, mas hasta aquí no hay riesgo como dices. Si hay, dijo él: pueden cazarnos á nosotros, y tan bien que no nos quiten las esposas hasta despues de muertos.

No me hables con enigmas, le dije, por vida tuya: esplicame lo que hablas. Ahí lo sabrás, dijo él, pero cuéntanos tus aventuras.

(1) Tan nécio y bobo eres —E.

Pues has de saber, le dije, que cuando fúí á dar á la cárcel donde tuve el honor de conocerte, fué de resultas de una manotadilla de amigos, que iba á dar á la casa de una viuda mi querido Juan Largo, en cuyo lance pudo haber sido presa de los soldados y serenos; pero tuve la fortuna de escapar con tiempo en compañía de otro amigo suyo muy hábil y valiente, que se llamaba Culás el Pípilo, muchacho bueno á las derechas, y que según me decia *Januario*, habia aprendido á robar con escritura.... Buena sea la vida de vd., me dijo riéndose un negrito alto, chato y de unos ojillos muy vivos y pequeños. Yo soy, continuó, yo soy el tal Pípilo, aunque no muy guajolote, y me acuerdo de vd. y de la noche en que lo ví con el sereno cuando pasé corriendo. ¿Con que en qué paró vd. por fin, y cómo fué eso de que fuera á dar á la de pita por nosotros?

Entónces les conté todas mis aventuras, que celebraron mucho, y me dijeron cómo *Januario* era capitán de cazadores de gentes, y andaba por otros rumbos no muy lejos de por allí: que ellos eran del arte con otros tres compañeros que se habian extravariado algunos dias ántes, y los esperaban por horas con algunos buenos despojos: que el jefe de ellos era el Sr. Aguilucho: que aquel oficio era muy socorrido: que solia tener sus contingencias; pero que al fin se pasaba la vida y se tenían unos ratos famosos; y por último, amigo, me decia el Pípilo, si vd. quiere alistarse en nuestras banderas, experimentar vida y salir de trabajos, bien podrá hacerlo, supuesta la amistad que lleva con nuestro capitán, y su gentil disposición, que pues ha sido soldado, no le cogerán de nuevo las fatigas de la guerra, los asaltos, los avances, las retiradas ni nada de esto que nunca falta entre nosotros.

Amigo, le dije, yo le estimo su convite y el deseo que tiene de hacerme beneficio; pero se ha engañado en su concepto creyéndome útil para el caso, pues para eso de campaña no es mi disposición gentil, sino hereje y judía, porque nada vale. Siempre he tenido miedo á que me aporreen, y he procurado evitar las

ocasiones; y con todo esto no me ha valido. Una vez una vieja me estampó una chinela en la boca: otra, me puso al parto un payo á palos: otra, me molieron á trompones los presos de la cárcel en compañía del señor capitán Aguilucho, que no me dejará mentir: otra, me dieron una puñalada que por poco no la cuento: otra, me jorobaron á pedradas los indios de Tula: otra, me quebró setenta ollas en la cabeza un indio *macuache*: otra, me desmecharon unas coscolinas, y por último, me aporreó un difunto en un velorio. Con que vean vdes. si soy desgraciado y con razón estoy acobardado.

Vamos, dijo el Aguilucho, esas son delicadezas, los hombres no deben ser cobardes, mucho menos por niñerías. En esas pendeencias que has tenido, Periquillo cobarde, ¿qué vara de mondongo te han sacado? ¿Con cuántas jicaras te han remendado el casco? ¿Ni qué pié ni mano echas menos en tu cuerpo? Nada de esto te ha pasado: tú estás entero y verdadero sin laca ni cicatriz notable. Con que esa es una cobardía vergonzosa ó una grande conveniencia, porque me parece que tú eres más *convenenciero* (1) que cobarde, y quisieras pasarte buena vida sin arriesgarte á nada; pero hijo, eso está verde, porque el que no se arriesga no pasa la mar, y los trabajos se hicieron para los hombres.

Hermano, le dije, no solo es conveniencia, sino que soy miedoso de mio, y naturalmente no me hace buen estómago que me aporreen. Es cierto que en las malas aventuras que he tenido no me han sacado las tripas, ni me han quitado un brazo, ni una pierna, como dice; pero tambien es cierto que á excepcion de la pendeencia del indio, yo he llevado mis buenos porrazos sin buscarlos y sin provocar á nadie. Esto me ha hecho más cobarde; porque si sin meterme á valiente, y ántes excusando las ocasiones, he salido tan mal librado, ¿qué fuera si yo hubiera sido valenton, espadachin y perdona-vidas? Seguramente ya me hubieran despachado á los infiernos, á buen componer, haciéndome primero picadillo.

(1) Amigo de sus conveniencias o comodidades. — E

Con que así no, hermano, yo no valgo nada para cazador. Si acaso quieren les serviré de escribiente para su mayoría, de marmiton ó ranchero, de mayordomo, de guardaropa, de tesorero, de caballero, de médico y cirujano que algo entiendo, de asesor, de barbero ó óosa semejante; pero para esto de salir á campaña y batirme con los caminantes, ni por pienso. Si fuera cosa de hallarlos amarrados y durmiendo, tal vez haria algo de mi parte, y eso acompañado con vdes., pero esto de salirles mano á mano, viniendo ellos con las suyas sueltas y prevenidas con un sable, una pistola ó una escopeta. ¡Jesus me valga! ni pensarlo, camaradas, ni pensarlo. Ya digo que tengo miedo, y cuidado, que confesar un hombre que tiene miedo, es el mayor sacrificio que puede hacer á la verdad; porque reflexionen vdes. y verán que apenas habrá uno que haga alarde de buen mozo, de sabio, de rico y cosa así: ántes no tienen embarazo para tenerse en menos que otros en hermosura, en talento, en riqueza ó en habilidad; más en tocándoles en lo valiente, ¡cuerpo de Cristo! no hay un cobarde. Siquiera con la boca, todos se vuelven Scipiones y Annibales: nadie tiene miedo á otro, y cada uno se cree capaz de tenérsela con el mismo Fierabrás.

Esto prueba que aunque no todos los hombres sean valientes, á lo menos todos quieren parecerlo cuando llega la ocasion, y tan léjos están de conocer y confesar su cobardía, que el más tímido suele ser el que más bravea cuando no tiene delante al enemigo. Con que ser yo la excepcion de la regla y venir confesando que tengo miedo, es prueba de que soy un hombre de bien á las derechas, pues no sé mentir, que es otra prenda tan apreciable como rara en los hombres.

Mira cuanto has hablado, hermano, me dijo el Aguilon: no en balde te llaman Periquillo. Pero dime, hombre, ¿cómo siendo tan cobarde fuiste soldado; porque ese ejercicio está tan reñido con el miedo, como la luz con las tinieblas?

Eso no te haga fuerza, le contesté: lo primero, que yo fui soldado